

Homenaje al hombre y al poeta Arturo Echeverría

Agosto del año pasado fue una fecha ingrata para los círculos literarios e intelectuales en general; había muerto Arturo Echeverría Loria. Los escritores de su generación recordaron con dolor al amigo y al compañero de formación y aprendizaje literarios, al artista inquieto que un día se había ido a correr mundo y que más tarde regresó con nuevas obras de escritores de la literatura universal y siempre con la misma inquietud espiritual que lo llevaría a buscar en las artes el medio de expresar una visión entrañable de la patria, de la amistad, del paisaje, del pasado y de la muerte.

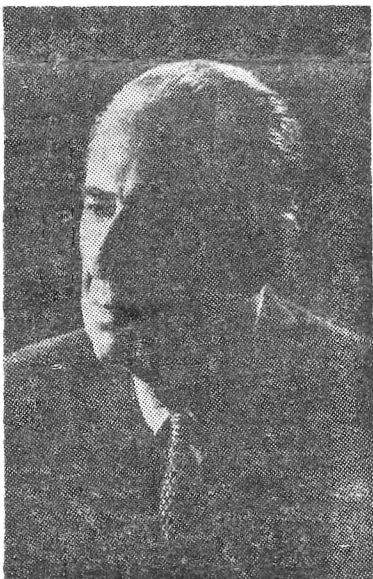
Los escritores más jóvenes sintieron con estupor la partida definitiva del escritor maduro y amigo comprensivo que veía con un no disimulado entusiasmo los esfuerzos de los jóvenes por conquistar su propia expresión poética. Veían en él, también, al editor de la revista Brecha, cuyas páginas estaban abiertas para la divulgación de la obra novicia, pero valiosa que nuestro en ambiente habría quedado condenada al olvido si no se hubiera presentado aquella oportunidad generosa que ofrecían las páginas de Brecha.

A los lectores legó Arturo Echeverría cuatro obras poéticas. Poesías, un poema a su bisabuelo Juan Rafael Mora, el héroe y su pueblo, Fuego y Tierra, Elegía en una Lágrima; y un poemario inédito: Sueño, Pétalo Suelto, del cual reproducimos varios poemas como homenaje a la memoria del hombre bueno, y del poeta exquisito que fue entre nosotros Arturo Echeverría Loria.

Arturo Echeverría Loria

Yo escribía versos vanguardistas y a similitud del cubismo; había descubierto a Nietzsche y a Aristóteles, a Baudelaire y a Rilke, en aquellos días en que me encontré con Arturo. Lo había conocido como se conoce a otros chicos que, además, son nuestros vecinos o parientes. Pero no es usual que nuestros vecinos o parientes regresen un día a la patria después de varios años con un libro de Villon bajo el brazo. Empecé a leer el poeta en inglés antes de saborearlo en su idioma. Fue Arturo Echeverría quien me presentó al bachiller François Villon, cuya sombra evocé en las calles de París, cuando Notre-Dame se apoya como una catedral paralítica en sus contrafuertes y suena un organillo en el Puente Nuevo. Me tomó poco tiempo averiguar el entusiasmo de Arturo por el poeta Villon. Arturo con su mística perseguía el mismo realismo gótico y quería vivir la poesía antes de escribirla. Y aunque leía a los poetas, para él la poesía estaba más que en los anaqueles de los libros, en los países desconocidos, en la soledad, en el amor frustrado y también en las iglesias coloniales y también en el país de los rascacielos de donde él venía; en los grandes ríos con suicidas ahogados que arrastran su caudal de historia, o los ríos anónimos que cantan sólo una canción ingenua. Arturo encontró que la poesía también se hallaba en el sentido de la muerte que obsesionó su verso desde el comienzo, y en el mar y otros símbolos que repiten eso mismo con ritmo solemne. La poesía de Arturo está en múltiples cosas que no entran en esta breve enumeración hecha al azar, y que habría que completar asomándose en el espejo móvil de sus propios poemas.

En la época en que volví a encontrarlo, la odisea de Arturo apenas comenzaba. Luego salió para México donde hizo su vida de hijo pródigo derrochando juventud en el país de las pirámides y los palacios. Allí se formó hablando con pin-



tores y poetas.

Después de muchas experiencias volvió a Costa Rica con el rosicler infantil que todavía enciende sus mejillas para publicar su primer libro de versos y lleno de pasión por la escultura y la pintura, los grabados y los dibujos. Escribió más tarde sobre las artes plásticas, no con términos técnicos sino con el fervor con que hablan los enamorados. Hace diez años publicó un poema sobre su bisabuelo, el Presidente don Juanito Mora, poema olvidado por el momento, pero que estará vivo en la voz de los que se nutren de la historia cuando se transforme en poesía y Arturo sólo sea una sombra. Lo recuerdo en Puntarenas mirando los manglares y al paisaje tropical que rodea la muerte de su bisabuelo. Veía con intensidad aquella naturaleza, quizá porque la contemplaba a través de las palabras de su madre en donde había aprendido de la historia de su país y de su sangre.

Francisco Amighetti

Tomado de Crátera, revista del Ateneo Universitario.

Esta soledad
frente al hombre
y el paisaje.

Esta soledad de caminos
y signos y palabras

Que no dicen de la rosa,
ni del mar,
ni de tu cuerpo.

Las palabras no llegan
a esta soledad de espejo
que brota de mi piel
y que me ahoga.

Soledad de todos y de ninguno.

Del fondo de esta soledad sentida
llama la muerte.

Arturo Echeverría

... ..

Noche a noche te llegas
en el torso desnudo de la
estrella
en la nube o el viento.
Te llegas inaudible,
como temor de espuma,
con cien temblores
de nervios desprendidos
y ahogados en la sangre
de una rosa tronchada.
Coteas letras de rocío
sobre mis ojos,
hasta formar una palabra...
sueño

En la herida sin sangre
de la noche
el pájaro del sueño aletea
insomne
entre doce ojos de horas y
segundos
y labra tu imagen en la
almohada.
No se puede en el sueño
decir que ya estoy muerto
porque a mi cuerpo lo atan
suaves hilos de sangre.
pero siento mi cuerpo, sin
brazos,
inasible
preso en la intacta luna
del espejo.

No digo ni recuerdo si la nube
es de plata
o si el seno que toco
bajo la piel nocturna
es un cristal quebrado.
El sueño es mi albedrío,
mi sola vida clara
mi aventura en la muerte,
en el mar y en la nada.

Arturo Echeverría

... ..

Estoy en tu memoria
como un adiós de diminutas
hojas
desprendido de todo,
del agua y de la nube,
y fuera de tus manos
desesperanzado y solo.
Quién busca tu paso en el
camino?

Mi recuerdo lo sigue
en su ruta al cielo de tu
sombra.

Mi soledad te encuentra
en el polvo del aire
y en el grano de arena.

En mi siento, bajo el cielo
sin rencores,
limpia al aire azul
tu sonrisa y tu cuerpo.

Tu sombra es tangible a
mi tacto
tu soledad a mi recuerdo,
tus manos como de agua
al musgo de mis manos.

Todos los caminos me llevan
a tu lado,
como al mar y al desierto.
Del alba al claro día
en tus ojos encuentro
la música sin término
de voces como yerbas
Estás siempre presente
en aires y memorias
que desde tus manos
se pierden en el tiempo.

Arturo Echeverría

En la supuesta ausencia

A Arturo Echeverría

Un tiempo futuro tenemos
para cantar demanda contra la muerte tuya.
La tierra sin ventanas que enmarca tu odea espera
ya no sabe de tardes cohibidas por tu verso,
movidas por riberas...
Tu anverso está dormido sobre raíces buenas,
frescor inútil siempre.
Sabemos que tus manos se transparentan castas
a través de las cosas,
y que tu voz inédita no sabe de nosotros,
porque tu casa mira la esencia de la brújula,
porque ya no preguntas por silencios que el alma
guardó sobre la forma que define el misterio.
Este claustro de ríos en que tú eras presente,
ya lo sabes,
se bifurca, se convierte en riachuelo,
a veces en recuerdo,
pero sigue buscando el mar sin peces tibios,
la sangre boca arriba,
y sólo la palabra que defina el instante.
De aquí que sea preciso que no hagas por nostalgia
camino de regreso.
Un privilegio tienes: eres tú el que no aguarda,
y además nos esperas.
¿Serán otras palabras?
¿Qué hiciste con la rima que nimbaba tu verso?
Un futuro tenemos para invadir respuestas.
Mientras tanto no intentes
descifrar esta cárcel de vida y permanencia.
Las brújulas son otras, distintos los misterios.
Tampoco yo lo intento.
Sólo es curiosa forma de no guardar silencio,
para saber en mí lo que reclamo al tiempo.
No quieras rescatarnos de lo que no nombramos
con la palabra instante,
porque aquí se define como un agosto lento...

Jorge Charpentier Garcé

Solo, de raíz desprendida
de la brisa azotada en las manos
del viento,
nocturno de silencios y de
sueltas estrellas
diluídas en una alba claridad
imprecisa.

Así, en mi abandono
de muerte sin lágrimas,
llego al fondo del mar.
a la roca incostante,
a la isla en tus ojos de
donde se pierde el agua.

Así, sin rumbo, frágil,
humanamente frágil
como cristal de espejo,
retengo en mi memoria
la alegría de un amanecer
en tus pestañas
(rajas al cielo como a tu
misma carne).

Soledad sin el nombre que
recuerda el paisaje,
como un tallo de nervios
y memorias
vibrantes al silencio que nace
de la noche.
Solo en ti, como en la muerte
solo,
esperando que sangre el sol
en tus claveles
y gacelas de nubes como tu
misma mano
busquen entre mi cuerpo la
soledad de roca.

En tu cuerpo la nube se
sorprende
con un grito en los labios
heridos de ceniza,
de pudor, de agonía en el alba.

El vuelo en tu memoria tiene
alas de paloma
y gacelas de nubes como tu
mar, tu desventura.
Solo como la hierba, la piedra,
el agua,
y los muros del cielo
para construir de aire camino
a tu memoria.

Arturo Echeverría

No digo, ni recuerdo,
el deseo blanco de tu cuerpo,
pero tus ojos miro
para seguir el rumbo
de soledad y llanto.

No recuerdo la savia
que alimenta mi sueño
ni el corazón partido
de la estatua.

Pero en el sueño busco
tu claro albergue de piel
tus ventanas al tiempo,
tu pétalo de rosa deleznable

No digo, ni recuerdo,
si es sueño o muerte o nada.
Y al decir tu nombre
se duerme la palabra.

Arturo Echeverría

En el sueño del agua
y la grieta profunda de mi
canto,
en los ojos y manos que
imploran
o que esperan,
en el nocturno vuelo de las
nubes dormidas,
en el árbol, la arena,
la noche toda, infinita te
aguarda.

Te espera como a una estrella,
persigue tu música,
busca tus lágrimas.

La piel que se hace noche
en la angustia olvidada
florece en tu memoria,
construye la soledad
para estar en tu cuerpo
y jugar con tus manos
como el niño que juega
hasta ser en el sueño
una rosa dormida
junto a la piel del llanto.

Arturo Echeverría